

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 7. LA FAMILIA, ESPERANZA DE LA SOCIEDAD

1) INTRODUCCIÓN.....	1
2) LA PALABRA Y LA IMAGEN.....	2
3) LA IMPORTANCIA DE LOS “HÁBITATS DE LA FE”.....	3
4) FAMILIAS DE BETANIA, ¿MINORÍA CREATIVA U OPCIÓN BENEDICTINA?.....	4
5) CONCLUSIÓN.....	5
6) CONCRETANDO.....	6
7) PRÁCTICA FAMILIAR.....	6
8) PARA PROFUNDIZAR.....	6

1) *Introducción*

Comenzamos este último trimestre del curso, y con él un tercer bloque de temas. El primero de ellos quiere afrontar la pregunta por la ineludible dimensión social de la esperanza. Ya sabemos que esperar significa esperar juntos. Ahora bien, podemos concretar más: ¿Cómo esperar juntos? Nos interesa, por tanto, la siguiente cuestión: ¿Qué esperanza genera la familia en la sociedad?

La respuesta no es ni mucho menos inmediata; a primera vista puede dar la impresión de que la familia es totalmente disfuncional para la sociedad. En tal caso, no solamente no generaría esperanza alguna, sino que sería un estorbo, un impedimento a eliminar y remover para que el hombre pudiera tener una auténtica esperanza. En esta dirección, el sociólogo italiano Pierpaolo Donati formula la siguiente pregunta: la familia, ¿es una institución del pasado que podemos modificar según nuestros sentimientos y mociones afectivas, o es una realidad que tiene una forma propia, una estructura *sui generis*, respecto a la que se mide el carácter más o menos humanizador de la sociedad?

Podemos preguntarnos si la familia es una institución del futuro o del pasado a nivel social. Su fundamento natural provoca que cada cultura puede configurar diferentes formas de vivir la familia, pero ninguna cultura anula la naturaleza específica de la familia. Estamos invitados a reconocer que en la familia se forma el sentido fundamental de la existencia para cada ser humano.

La familia sigue siendo la fuente y el origen de la sociedad. La experiencia del bien común, del que depende la felicidad de las personas concretas, se verifica originariamente en la convivencia familiar. En este sentido, es imperioso elaborar una cultura de la familia. Una sociedad está hecha según está hecha la familia. Si la familia se rompe, la sociedad se rompe, si se torna líquida, también la sociedad,... Si es verdad que la sociedad se resiente con los cambios de la familia, es verdad



también el contrario, es decir, que la familia resulta potentemente influenciada por los cambios de la sociedad, es decir, de las fuerzas políticas, económicas, culturales que la gobiernan.

2) La Palabra y la imagen

Escuchemos ahora junto la Palabra de Dios:

“Cuando se hizo de día, no identificaban la tierra, pero divisaron una ensenada que tenía playa y en ella decidieron varar la nave, si podían. Y habiendo soltado las anclas, las dejaron caer al mar, a la vez que, aflojando las ataduras de los timones e izando a favor del viento la vela de artimón, iban con rumbo a la playa. Pero chocaron con un saliente rodeado de mar por ambos lados y encallaron la nave. La proa se hincó y quedó inmóvil, mientras que la popa se desvencijaba por la violencia de las olas. Entonces decidieron los soldados matar a los prisioneros, no fuera que alguno huyese nadando; pero el centurión, queriendo salvar a Pablo, impidió este plan y mandó que primero se tirasen al agua y ganasen la orilla los que sabían nadar, y que los demás lo hiciesen unos sobre tablonces, otros sobre restos de la nave. Y así todos se salvaron llegando a tierra.

Una vez a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta. Los naturales nos mostraron una hospitalidad poco común, pues encendiendo una hoguera a causa de la lluvia que caía y del frío, nos acogieron a todos nosotros. Pablo recogió una brazada de ramas secas y, al echarla a la hoguera, una víbora, huyendo del calor, hizo presa en su mano. Cuando vieron los nativos el animal colgando de su mano, se decían unos a otros: «Este hombre es ciertamente un homicida; se ha salvado del mar, pero la Justicia no le ha consentido vivir». Pero él, sacudiendo el animal en el fuego, no sufrió daño alguno. Ellos estaban esperando que se hinchara o cayese muerto de repente, pero, después de mucho esperar y viendo que no le pasaba nada malo, cambiaron de parecer y empezaron a decir que era un dios. En los alrededores de aquel lugar tenía una finca el principal de la isla de Malta, que se llamaba Publio; nos recibió y nos hospedó tres días amablemente. Coincidió que el padre de Publio estaba en cama con fiebre y disentería; Pablo entró a verlo y rezó, le impuso las manos y lo curó. Al ocurrir esto, los demás enfermos de la isla fueron acudiendo, y eran curados. Nos colmaron de atenciones y, al hacernos a la mar, nos proveyeron de todo lo necesario” (*Hch 27,39-28,10*).

Este texto relata el viaje de Pablo hacia Roma con el que concluye el libro de los Hechos de los Apóstoles. Tras el naufragio, San Pablo pasa el invierno en la isla de Malta. San Lucas nos dirá acerca de la actividad de Pablo en Roma que “predicaba el reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda valentía” (*Hch 28,30s*). En el inicio del libro, San Lucas había advertido que su primer libro se había consagrado a todo lo que Jesús hizo y enseñó, y que Jesús “habló a sus apóstoles acerca de lo referente al reino de Dios” (*Hch, 1,1-3*). La continuidad entre la predicación y misión de Jesús, y la predicación y misión de Pablo son, por tanto, muy evidentes.

Las imágenes del naufragio y de cómo Pablo es un “constructor” y edificador de comunidades cristianas, nos puede ayudar a reflexionar sobre cómo ser minorías creativas en el mundo que vivimos. El P. José Granados, en la conferencia que impartió en la Discipulada del año pasado decía lo siguiente: “En



la narración de los Hechos hay un momento, cuando Pablo empieza su misión en Europa, cuando el narrador pasa del singular al plural, y empieza hablarse de “nosotros”. Queda así claro que la historia de Pablo no es solitaria, sino acompañada y compartida por otros. Pablo no evangeliza solo, sino desde el espacio común de la Iglesia. Él no es nunca árbol solitario, sino parte de un huerto o de un bosque. Entendemos así que san Juan Crisóstomo pudiera decir que el corazón de Pablo era el “corazón del mundo [...] Tan grande fue su corazón que abrazó ciudades enteras, pueblos, naciones, porque dice: ‘Mi Corazón se ha dilatado’ (2Cor 6,11)”. Y luego añade el mismo Crisóstomo: “el corazón de Cristo era el corazón de Pablo” (*A los Romanos* 32,2: PG 60,679-680”).

3) La importancia de los “hábitats de la fe”

Al hilo de la intervención de José Granados, podemos preguntarnos si nuestras familias son lugares de esperanza en nuestra sociedad y si nuestra capacidad de edificar ambientes crece. Y es que el Evangelio tiene necesidad de plantarse, de echar raíces, de regenerar el suelo. Para lograr esto es preciso buscar ámbitos de relaciones, concretados en prácticas comunes. Estos entornos son hoy más necesarios que nunca para la fe, en medio de una sociedad muy secularizada, que puede compararse al desierto, rico en arena de aislados y solitarios granos, interconectados por la tecnología.

Benedicto XVI ha denominado a estos espacios “hábitats de la fe”. Tal expresión aparece al final de la carta sobre los abusos sexuales en la Iglesia el año 2019; concretamente dice lo siguiente: “El hoy de la Iglesia es más que nunca una Iglesia de mártires y por ello un testimonio del Dios viviente. Si miramos a nuestro alrededor y escuchamos con un corazón atento, podremos hoy encontrar testigos en todos lados, especialmente entre la gente ordinaria, pero también en los altos rangos de la Iglesia, que se alzan por Dios con sus vidas y su sufrimiento. Es una inercia del corazón lo que nos lleva a no desear reconocerlos. Una de las grandes y esenciales tareas de nuestra evangelización es, hasta donde podamos, establecer hábitats de fe y, por encima de todo, encontrar y reconocerlos”.

Fijaos en esta última expresión: “Una de las grandes y esenciales tareas de nuestra evangelización es, hasta donde podamos, establecer hábitats de fe y, por encima de todo, encontrar y reconocerlos”. Dice, “hasta donde podamos”, y utiliza tres verbos: “establecer, encontrar, reconocer”. Así nuestra familia, y también nuestra “familia de familias”, está llamada a ser lugar de esperanza, que irradia a toda la sociedad. Lo mismo podríamos decir de nuestra parroquia, el colegio al que van nuestros hijos, nuestro lugar de trabajo... Cuidar estos ámbitos, dar la vida por ellos, es contribuir a que se cumpla nuestra esperanza última.

José Granados nos dijo que en el cultivo de estos espacios de esperanza, es esencial el ritmo temporal (diario, semanal, mensual) con que nos ocupamos de ellos. Entre ellos, tiene una singular importancia la cadencia semanal, pues es el que da peso al curso de la vida, ya que la semana abraza en su seno el trabajo y el descanso, y con ello todo el ciclo de lo cotidiano. Es lógico que la Eucaristía se celebrara semanalmente, con centro en el domingo, al contrario de la pascua judía anual. Nos interrogaba si en la vivencia de la fe de nuestros grupos existe este ritmo semanal. Y si no existiera, ¿no será que esos lugares son más bien tangenciales, que no tocan de lleno ni dan forma a la vida, que no inciden en la

educación ni edifican la sociedad? Quizás sea tiempo propicio para revisar nuestra pertenencia a Familias de Betania, nuestra fidelidad a la reunión de equipo, retiro, Nazaret, Galilea, Ejercicios, Berit... Si nuestras obras son semillas de esperanza, obrar fuera de estos espacios es como arrojar la semilla sin disponer la tierra.

4) Familias de Betania, ¿minoría creativa u opción benedictina?

“El Señor dijo a Noé: Entra en el arca con toda tu familia, pues tú eres el único justo que he encontrado en tu generación...” (Gn 7,1). El arca de Noé ha sido desde muy antiguo una figura de la Iglesia que salva a los hombres del juicio de Dios por medio del agua. Si en la tradición del siglo II el arca de madera era figura de la cruz, a partir probablemente de Tertuliano en el siglo III se ve en ella la figura de la Iglesia. La sabiduría de navegar entre vientos y tempestades proviene siempre de Cristo, Sabiduría encarnada, que dirige siempre la nave de su Iglesia.

La salvación de Noé y su familia, y la liberación de Moisés y el pueblo elegido en el Éxodo son las dos grandes acciones de Dios que aparecen estrechamente relacionados entre sí en los textos de la Escritura. Noé es bisagra entre dos mundos, el antiguo y el nuevo. Forma parte del mundo antiguo y se salva de la catástrofe para ser principio de un mundo futuro. La etimología del nombre de Noé se hace derivar de la raíz «nouah» que significa «el resto» (cf. Ecl 44,16-18). En cuanto figura de salvación universal, Noé es tipo de Cristo.

La imagen del arca que navega a través de los océanos de la historia, ha evocado a Benedicto XVI su reflexión sobre las minorías creativas. En medio de un mundo fuertemente secularizado, la pregunta que se hizo el papa emérito es si la Iglesia será una minoría creativa capaz de generar una nueva cultura. Una minoría creativa no puede confundirse con la masa ni con el gueto. La distinción no está en lo cuantitativo, sino en lo cualitativo, sin que eso suponga desprecio alguno por la cantidad.

El periodista y escritor norteamericano Rod Dreher ha escrito un libro titulado “La opción benedictina”. Tomando como referencia la santidad de San Benito, la intención principal del autor es elaborar una propuesta capaz de afrontar la crisis postcristiana de Occidente. A la luz de la reflexión de Benedicto XVI, podemos hacer algunas observaciones que pueden ayudarnos a comprender mejor la esperanza a las que están llamadas las familias en el ámbito de nuestra sociedad.

En primer lugar, para Benedicto XVI la fe cristiana se caracteriza por ser una vocación, una respuesta a la llamada de Dios que tiene siempre la iniciativa. En este sentido, la vocación se distingue de la opción, pues este término puede encerrar el peligro de poner unilateralmente el acento en lo que hace uno. La Iglesia como gran familia vive de un don originario y desde él mira toda la realidad.

En segundo lugar, otro matiz que conviene tener en cuenta es que no se trata principalmente de conservar y proteger la fe y la familia de las graves amenazas sociales, sino de generar una vida grande. Podemos decir que no basta una postura defensiva, pues la esperanza es una virtud que mira hacia el futuro. Y el futuro tiene siempre relación con el fruto. No se trata, por consiguiente de ser reactivos, de reaccionar ante los peligros de nuestra sociedad, sino de construirla, de edificarla de un modo nuevo y creativo. Esto evidentemente es más difícil, y nos pone en juego de un modo diferente, pues prima la iniciativa y las formas concretas



de esta edificación social, con la convicción fuerte de la fecundidad del modo de vivir cristiano, de la forma de vida que Cristo ha introducido en el mundo.

Las minorías creativas viven pendientes de la llamada de Dios y procuran ante todo estar a la altura de esta vocación, respondiendo con fidelidad a lo que Dios va sembrando en la historia. La clave del arca de la Iglesia se encuentra en el mástil mayor, en el que muchos Padres de la Iglesia vieron reflejado el árbol de la cruz. A la sombra de este árbol fecundo, es posible acoger todo lo humano, purificándolo y llevándolo a plenitud.

Esta forma de vivir centrada en el misterio de la Cruz y Resurrección de Cristo contiene un peculiar método sacramental. Vivir de los sacramentos implica descubrir su valor generativo y regenerativo.

La Iglesia ofrece un modo concreto de vivir. Esta forma de habitar el mundo la recibe del mismo Cristo. Todo hombre desea ser feliz y la atracción que experimenta hacia tantos bienes que le solicitan configura posibles caminos de vida lograda. Cada uno realiza su propio itinerario, pero lo hace siempre acompañado de otros que también buscan la bienaventuranza. Esta búsqueda común de un destino pleno no es ajeno a la realidad de la Iglesia. Ser cristiano es un acontecimiento que orienta la totalidad de la vida del hombre hacia la plenitud de la comunión con Cristo y con los demás. La Iglesia como nave de Cristo está siempre en movimiento, surcando las aguas de la historia en dirección hacia su consumación definitiva. Y está siempre en construcción, pues se renueva permanentemente en las aguas bautismales. Las frecuentes representaciones del arca en las catacumbas, en relación con el bautismo, parece que hay que interpretarlas en esta clave hermenéutica. Sus miembros se alimentan de la Eucaristía. Nutriéndose y asimilando el Cuerpo de Cristo, el cristiano se va divinizando y adquiriendo la forma gloriosa de Cristo en su carne. Este dinamismo eclesial que tiene como ejes el Bautismo y la Eucaristía modula la actividad de los cristianos en este mundo. Con la fuerza del viento del Espíritu que no deja de soplar desde los orígenes del mundo, la Iglesia es impulsada hacia la consumación, hacia el *escathon* de la resurrección final.

5) Conclusión

La esperanza tiene una dimensión constitutivamente social. Las sociedades modernas se fundan en un contrato, en un pacto entre los individuos que la componen, de modo que pueda lograrse una convivencia justa. Los principales actores son el Estado y los individuos. John Rawls en su libro *Teoría de la justicia* explica de qué modo han de comprenderse el sistema de libertades y obligaciones, así como al distribución de los ingresos. El objetivo de este filósofo era superar el utilitarismo como modelo que rige la vida social.

Frente a estos planteamientos, el sociólogo italiano Donati ha mostrado que la familia es la raíz de la sociedad, y que promover y “empoderar” a la familia es el modo más adecuado de organizar una sociedad. Nos hemos preguntado así, por la esperanza social que genera hoy la familia. Si permanece marginada y privatizada, será difícil o imposible que pueda generar sociedad.

Volver a la experiencia originaria que nos relata los Hechos de los Apóstoles puede servirnos de inspiración y de estímulo. Desde esa luz hemos



acudido a Benedicto XVI que en el colapso moral en el que vivimos propone la edificación de los que él denomina “hábitats de la fe”. Al hilo de este término, nos hemos preguntado por el significado de las minorías creativas, y su lógica interna, que se distingue de la opción benedictina.

El método sacramental es el modo original de generar esperanza a la que las familias, como Iglesias en miniatura están llamadas a habitar y edificar este mundo.

6) Concretando

1. Las familias, ¿no serán un estorbo para la esperanza de la sociedad?
2. ¿Qué enseñanzas podemos extraer de los Hechos de los Apóstoles y particularmente de la experiencia de San Pablo respecto a la esperanza social?
3. ¿Qué son los “hábitats de la fe”? ¿Cómo contribuyen las familias a generarlos?
4. Familias de Betania, ¿es para ti una minoría creativa? ¿no será un gueto? ¿no será una opción benedictina?

7) Práctica familiar

Organizar y llevar a cabo una peregrinación o romería, en clave de esperanza (*homo viator*).

8) Para profundizar

L. GRANADOS-I. DE RIBERA, *Minorías creativas. El Fermento del cristianismo*, Didaskalos, Madrid 2011.

P. DONATI, *La familia, raíz de la sociedad*, BAC, Madrid 2013.

R. DREHER, *La opción benedictina*, Encuentro, Madrid 2018.